

Roberto Fernández Retamar: abierto a lo imprevisible*

Casa de las Américas: un puente y una misión

El año 1965 resultó muy afortunado para mí. En enero de ese año aparecieron en la revista *Cuba Socialista* amplios fragmentos de mi ensayo «Martí en su (Tercer) Mundo». Ese mismo enero asistí a un congreso de intelectuales europeos y latinoamericanos que se celebró en Génova, organizado por el Columbianum, institución que desgraciadamente dejó de existir. Ese congreso fue muy importante: allí nos conocimos personalmente muchos intelectuales de nuestra América. Por ejemplo, ahí conocí a Antonio Candido, y él ha recordado también la relevancia de ese congreso. Ese año –vale recordar– coincidí en un viaje con el Che. Tuve la suerte de que el avión en que debíamos volver a Cuba se atrasara y pasáramos varios días y noches conversando incesantemente. Y en marzo, al regreso a Cuba –yo había ido para ejercer un cargo diplomático que se esfumó–, la compañera Haydee Santamaría, que estaba al frente de esta Casa, me ofreció la dirección de la revista *Casa de las Américas*. Y en 1965, aunque se había impreso el año anterior, se dio a conocer mi cuaderno de poesía *Historia antigua*, al que le otorgo cierta importancia, y otras personas también. Fue por lo tanto un año cuajado de cosas para mí.

* Fragmento de un diálogo –hasta hoy inédito y revisado para esta edición– sostenido en 2008 por Roberto Fernández Retamar con el ensayista y profesor brasileño João César de Castro Rocha.

Yo había sido desde muy temprano un revistero. Fui jefe de información de una revista juvenil que se llamó *Alba*. Después, entre 1959 y 1960, dirigí la *Nueva Revista Cubana*, publicada por la Dirección de Cultura. Más tarde dirigí, conjuntamente con Nicolás Guillén, Alejo Carpentier y José Rodríguez Feo, la revista *Unión*, de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Es decir, que tenía bastante experiencia como revistero cuando en 1965 empecé a dirigir *Casa*.

La Casa de las Américas siempre la vi como una institución de gran relieve, por cuanto se proyectaba sobre toda nuestra América, como su nombre indica. Me dio gran felicidad la propuesta que me hizo Haydee. Y salvo un pequeño plazo, desde entonces hasta hoy he dirigido la revista *Casa*... Evidentemente, esta ha sido muy importante para mí. Ha sido un foro para publicar muchos materiales no solo míos, sino sobre todo ajenos, que atañen a la cultura de nuestra América. Algunos números de la revista son francamente memorables. Pienso en uno, de 1966, que se llamó *África en América*, sobre la presencia africana en nuestro Continente; otro sobre el Che, a raíz de su asesinato; otro sobre las Antillas de lengua inglesa; otro sobre el centenario de Rubén Darío, y muchos más. En general, creo que la revista ha hecho sentir su presencia en nuestra América, y me ha permitido a mí disponer de una vía de comunicación con los demás intelectuales de la región, e incluso más allá de ella, porque hemos publicado textos valiosos de autores de casi todo del mundo.

Así como no pensé que iba a dirigir la revista *Casa de las Américas*, mucho menos pensé que iba a presidir la Casa de las Américas. A la muerte de Haydee, en 1980, la institución pasó a ser dirigida por un entrañable amigo, Mariano

Rodríguez, uno de los grandes pintores que Cuba ha dado. Y cuando él se retiró, en 1986, y hasta hoy, he presidido la Casa toda. Ella es —como alguien decía, no sin gracia— un estado de alma. No es una institución inerme: se trata del proyecto en marcha de vincular a escritores y artistas de nuestra América, y aquellos de otras áreas que se preocupan por las cosas nuestras, que comparten nuestras preocupaciones. Por eso, siendo como son, objetivamente, cargos (director de la revista *Casa de las Américas*, presidente de la Casa de las Américas), para mí y para otros son mucho más que eso: vehículos para mantener una relación viva con la cultura de nuestra América. La Casa ha ido creciendo en áreas. Al principio trabajaba casi exclusivamente con Hispanoamérica, después incorporó al Brasil, a las Antillas de lengua inglesa y de lengua francesa, y alguna vez hemos convocado a premios para lenguas indígenas. La Casa está en perpetuo crecimiento. Hace treinta años creó su Centro de Estudios del Caribe; después, el Programa de Estudios de la Mujer. Hoy trabajamos con muchas líneas. Y todo esto es el resultado de un acercamiento entrañable a las cosas de nuestra América. No puedo dejar de recordar que tempranamente el imperialismo logró que todos los gobiernos de la región, con la honrosa excepción del de México, rompieran relaciones diplomáticas con Cuba. Y la Casa se convirtió así en una vía de comunicación más allá de las inexistentes relaciones diplomáticas. La gran mayoría de los escritores y artistas valiosos de todo el Continente —enumerar a unos cuantos sería injusto, porque dejaría de mencionar a muchos otros igualmente importantes— ha colaborado y sigue colaborando con la Casa de las Américas en general, y con la revista homónima en particular.

A estas alturas, la mayor parte de mi vida la he pasado trabajando en la Casa de las Américas, no tengo objetividad para con ella, la considero parte de mi vida, la cual se ha fundido con la Casa de las Américas. Por tanto, al no tener objetividad, mi juicio sobre ella será necesariamente apasionado. Pero creo poder decir que sin la Casa de las Américas a la cultura de nuestra América le hubiera faltado un punto de unión, de diálogo, de incitación constante.

Las dos manos

A estos pensamientos finales también los podemos llamar «Autorreflexiones y propuestas». A la palabra pensamiento hay que tomarla en un sentido muy alto. Cuando Della Volpe escribió su *Crítica del gusto*, que tradujo al español Manuel Sacristán, aquel recordaba que el arte incluye distintas formas de pensamiento. De manera que hablo de pensamiento no limitándolo a las obras que se tienen como exponentes de tal, sino también a obras de arte. Incluso en un libro famoso que leí con gran pasión cuando era adolescente, *Del sentimiento trágico de la vida*, de Miguel de Unamuno, él decía que la filosofía española, y *mutatis mutandi* esto podría decirse de la filosofía nuestra, más que en obras específicamente filosóficas, ha encarnado en obras artísticas, en obras literarias; en la mística, decía Unamuno, sobre todo en la mística, en acciones.¹ Esto me impresionó mucho cuando lo leí: no pensé entonces —yo tendría die-

ciséis o diecisiete años, ahora tengo casi ochenta— que tanto tiempo después mis «Autorreflexiones y propuestas» tendrían que ver con esas páginas para mí inolvidables de Unamuno. No llegué a ser nunca el matemático que soñé, ni el pintor que soñaron mis padres, ni el filósofo que hubiera podido ser en otras circunstancias; pero puedo decir, sin ninguna arrogancia, que soy un pensador, usando esta palabra en sentido amplio. Un destacado profesor español que tuvo gran influencia en México, José Gaos, hablaba del pensamiento en este sentido unamuniano; él planteaba el hecho de que el pensamiento en nuestras tierras encarna sobre todo en obras no orgánicamente filosóficas, sino en obras literarias, poéticas, ensayísticas. Esto lo plantea él sobre todo en una antología del pensamiento moderno en lengua castellana, que se publicó en México hace muchos años y que ejerció una gran influencia sobre mí.²

Por eso, volviendo a la imagen de las dos manos —la mano que escribe ensayos y la mano que escribe poemas—, esas dos manos se cruzan, porque hay vasos comunicantes entre mis ensayos y mis poemas. Como he subrayado antes, algunas personas han entendido que mis ensayos son «poéticos». Debo decir que detesto la expresión «poético» entre comillas, me parece que es una manera fácil de eludir cuestiones mucho más serias. No es que mis ensayos sean poéticos, es que tanto mis ensayos como mis poemas nacen de una raíz intelectual, emocional común. El hecho de que asuman unos la forma de ensayo y otros la forma del poema sigue siendo para mí un poco misterioso. A veces no sé si voy a escribir un poema o un ensayo, y por lo general lo sé, sin embargo.

1 «Nuestra filosofía, la filosofía española, está líquida y difusa en nuestra literatura, en nuestra vida, en nuestra mística, sobre todo, y no en sistemas filosóficos», en Miguel de Unamuno: *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, Buenos Aires, 1952, p. 244.

2 José Gaos: *Antología del pensamiento de lengua española en la Edad Contemporánea*, México, 1945.

El tiempo no para

¿Cuáles son mis reflexiones y mis proyectos en la actualidad? Dicen que al final de su vida, que fue larga y creadora, cuando Goethe vio venir la muerte dijo: «Dios mío, y yo tenía tantos planes todavía». A mis setenta y ocho años, es poco prudente tener demasiados planes, pero es bueno sentirse satisfecho de lo que se ha hecho, y sentir que de alguna forma, algunas cuestiones pueden ser aclaradas, pueden ser creadas, pueden ser modeladas. A diferencia de otros poetas, que escriben libros de poemas muy unitarios —es el caso muy visible de Neruda, por ejemplo, pienso que es también el de Nicolás Guillén—, por lo general mis libros son acumulaciones de poemas. Llegado cierto momento los poemas se transforman en libro. Digo esto porque en este momento tengo poemas acumulados, y no sé cuándo ni cómo conformarán un próximo libro. En cuanto a mis ensayos, creo que he hablado bastante de cómo se van relacionando unos con otros, se van entrelazando, se van aclarando, en algunos momentos se van compenetrando. Escribo un texto porque proviene de otro que a su vez anuncia otro próximo. En estos momentos el proyecto más concreto no es una obra futura, sino recoger algunas obras que he ido dejando desperdigadas por el camino. Por ejemplo, publiqué un libro que se llama *Introducción a José Martí*, pero fuera de él han quedado muchos ensayos sobre Martí. Me parece que debería recogerlos para un libro de estudio sobre Martí que todavía no tiene título. Tengo muchos ensayos desperdigados también, entre ellos uno bastante largo que se llama «Ser latinoamericano y caribeño». Pienso, por ejemplo, en un ensayo que escribí con motivo de los doscientos años de la independencia

haitiana, y pudiera mencionar otros tantos. Creo que podría y debía recogerlos en un volumen, sería otro volumen distinto: uno que estudie a Martí; otro con textos dedicados a los estudios latinoamericanos y caribeños. En este próximo libro de ensayos incluiría también uno que escribí a solicitud de la Unesco para una reunión en París. El ensayo, tal como me fue propuesto, tiene un título complicadísimo. Yo decidí publicarlo en la revista *Casa de las Américas*, y salió también en la revista de Wallerstein. Cuando lo publiqué en *Casa de las Américas* alivié su largo título y le puse «Alternativas de Ariel», dando por sentado que el lector estaba al tanto de que Ariel es el símbolo del intelectual. Porque de eso trataba esencialmente el texto: de las alternativas de un intelectual específicamente latinoamericano y caribeño. Por eso, este ensayo lo recogeré en el próximo volumen junto con el de ser latinoamericano y caribeño. En este ensayo, retomo unas palabras muy atinadas de Gabriel García Márquez, que leyó en Estocolmo cuando se le entregó el premio Nobel de Literatura. Él se preguntaba ¿por qué se nos reconoce que somos capaces de crear obras literarias y artísticas de valor y no se nos reconocen nuestros complicados, difíciles pero necesarios intentos de una reestructuración social y política, en nuestros países? Él podía decirlo con suprema autoridad porque ya para entonces era autor de una obra narrativa extraordinaria, encabezada desde luego por *Cien años de soledad*, que muchas personas han llamado el *Quijote* de nuestra época. Eso es así, es decir, en primer lugar no ha sido fácil que se reconozca el valor de la creación literaria y artística de nuestra América. García Márquez podía decir eso porque ya había ocurrido en los años sesenta del siglo pasado un reconocimiento universal de la

literatura, especialmente de la narrativa latinoamericana y caribeña. Pero durante mucho tiempo no se reconoció su importancia. Baste recordar que la obra fundamental de José Martí todavía no ha encontrado acogida en el *mainstream* europeo. Incluso en los propios Estados Unidos se le ha retaceado mucho el valor de su obra: digo los Estados Unidos porque él vivió quince años allí. Hay, desde luego, excepciones como la de José David Saldívar, quien en un libro suyo consideró parte de la obra de Martí como integrante de la cultura de los Estados Unidos, criterio que comparto. El propio Rubén Darío, el prodigioso poeta que fundó la poesía moderna en lengua castellana, ha sido reconocido en España, pero incorporándolo como si fuera un escritor español, y más allá de las fronteras de España, todavía no se reconoce la grandeza de la obra de Darío.

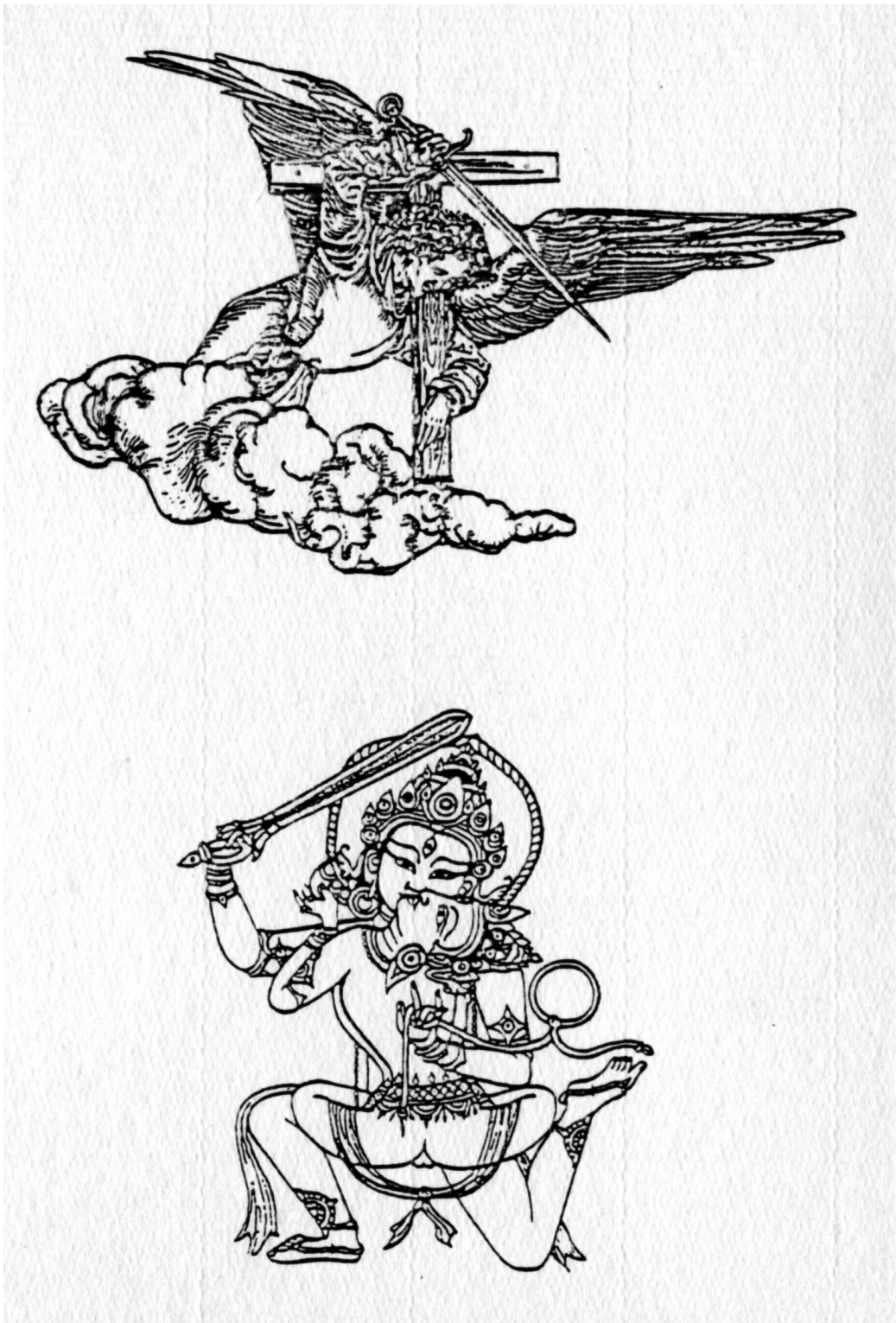
Es sobre todo a raíz de la Revolución Cubana, y de la atención mundial que se volcó sobre la América Latina a partir de 1959, que se va a aceptar la importancia de las artes, sobre todo de la literatura, de nuestra América. El ensayo plantea que hay aportes de pensamiento y de política en la región que todavía no se han considerado con el valor que tienen, al ser juzgados con perspectiva eurocéntrica.

Aquí, además, nos encontramos con un diálogo permanente, porque estas conversaciones me han obligado a volver sobre mí mismo; un diálogo permanente que hay en mi obra entre lo nuestro y lo ajeno, y cómo lo ajeno es necesario hacerlo nuestro, y lo nuestro no puede desvincularse enteramente de lo ajeno. Este diálogo recorre gran parte de mi obra, por lo menos desde «Martí en su (Tercer) Mundo», incluso en un ensayo anterior, «El son de vuelo popular», desde luego en «Caliban» y en «Algunos usos de civilización

y barbarie». Es decir, es una línea constante de mi pensamiento. Si por alguna razón voy a ser recordado, cosa muy improbable, creo que en ese caso lo sería por haber dado espacio en mi tarea intelectual a ese diálogo fundamental, a ese diálogo entre el uno y el otro, cómo uno y el otro aspiran de alguna manera a unirse, a identificarse, a crear un tercero necesario.

No puedo olvidar que desde hace unos años la editorial Letras Cubanas está publicando mis *Obras*. No son obras completas, claro, por muchas razones. Primero, porque un autor vivo no puede publicar sus obras completas, nunca sabe lo que podría escribir después; y en segundo lugar, porque hay textos que él escribió y no tienen demasiada importancia, por lo que no está interesado en que se vuelvan a publicar. Algunos autores han sido en estos casos excelentes. Pienso en Borges, por ejemplo, que publicó en vida varias ediciones de sus *Obras completas* en las cuales faltaban sus tres primeros libros de ensayos y muchos poemas también; pero que él seguía llamándolas *Obras completas*, y creo que tenía razón. Rubén Darío dijo que a veces se publican las poesías completas de un autor, ay, demasiado completas. Él no podía saber que eso le iba a ocurrir a él mismo, que fue un poeta maravilloso, pero una parte de su poesía no tiene mayor interés. Sin embargo, ha seguido publicándose su poesía completa, en contra evidentemente del criterio que él mismo tuvo.

No puedo precisar la forma del porvenir, cómo serán otros libros, no los que serán selecciones de materiales ya aparecidos, sino libros enteramente otros. En este momento no podría decir que tengo un proyecto específico: estoy abierto a lo imprevisible y confío en que lo imprevisible no se olvide de mí. ■



O anjo com a cruz, 1986. No. 5 de 10 tarjetas postales, impresas con imágenes manipuladas por el artista. São Paulo, Ediciones EXU.